

CASI todos los periódicos del mundo han hecho coincidir dos titulares importantes en sus primeras páginas el día de Jueves Santo: «El Papa pide el cese de las armas nucleares»; «Francia anuncia la fabricación en serie de bombas atómicas de sesenta kilotonos». Fue también en esa misma semana cuando se dijo que los primeros submarinos americanos armados con cohetes atómicos «Polaris» habían comenzado su ronda interminable por el Mediterráneo. Que Francia se proclame a sí misma «la fille ainée de l'Église», que los Estados Unidos tengan por primera vez un presidente católico, son circunstancias fácilmente utilizables para hacer más patente la contradicción: pero estos datos no tienen más valor que el puramente plástico. Porque Kennedy no gobierna en nombre de una religión, y porque Francia podría proclamarse patria de la masonería, madre de la revolución o cuna del arte abstracto con la misma frivolidad con que se declara hija mayor de la Iglesia.

Pero la expresiva coincidencia vale para demostrar, una vez más, uno de los graves males de la civilización en que vivimos: la separación creciente entre la doctrina y la acción, entre la palabra y el hecho. Es grave porque se trata de una sociedad que se pretende edificada sobre principios espirituales y se proclama defensora de dichos principios. Las sociedades fuertes y vitales que registra la historia han sido aquellas donde vida y doctrina han formado un solo bloque —como pasa con los hombres que actúan y hablan en un solo sentido—; tan pronto en ese bloque han aparecido fisuras, y lo que se ha proclamado ha sido distinto de lo que se ha hecho, esas civilizaciones enfermas han comenzado su caída. (El Imperio Romano es un excelente ejemplo.) En nuestra época una cierta lucidez ha hecho comprender a muchos la gravedad de esta situación: de ahí ha nacido el invento de la propaganda que es la ciencia que trata de tergiversar las doctrinas para hacerlas solidarias de acontecimientos que son diametralmente opuestos, y viceversa. Asistiremos sin duda en los días y aun en los años a venir a glosas y exégesis de la Encíclica «Pacem in terris» que tratarán de desvirtuarla. Ya estamos viviendo el prólogo. Quizá el más lacónico de los ejemplos que podamos ofrecer es el comentario que ha hecho el «New York Daily Mirror», donde se ha dicho que las bases ideológicas de la Encíclica «han sido ya puestas en práctica por los Estados Unidos». Esto quiere decir sencillamente: «No hay que alarmarse: no pasa nada, no puede pasar nada. Lo que quiere el Papa es lo que está pasando ya: no hay que hacer ninguna modificación». En suma, lo que decía el doctor Pangloss de Voltaire: «Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles». Un contraste de honestidad es la frase de un editorial de «Informaciones» de Madrid que ha reproducido una parte de la prensa mundial: «Habrá que revisar numerosos conceptos que hasta ahora se consideraban como justos y ortodoxos».

El problema está en que esos conceptos que hasta ayer se creían válidos entre las sociedades cristianas y hoy ya no lo son desaparecan realmente de la vida de las naciones. En la Antología de las trescientas encíclicas escritas hasta ahora por los Papas (la primera, «Ubi Primum», fue publicada en 1740 por Benedicto XIV) pueden encontrarse numerosos conceptos que no han traspasado desgraciadamente el pergamino. En 1889 León XIII —el Papa que más veces ha acudido a este medio de expresión: 84 cartas papales, entre ellas 50 encíclicas propiamente di-

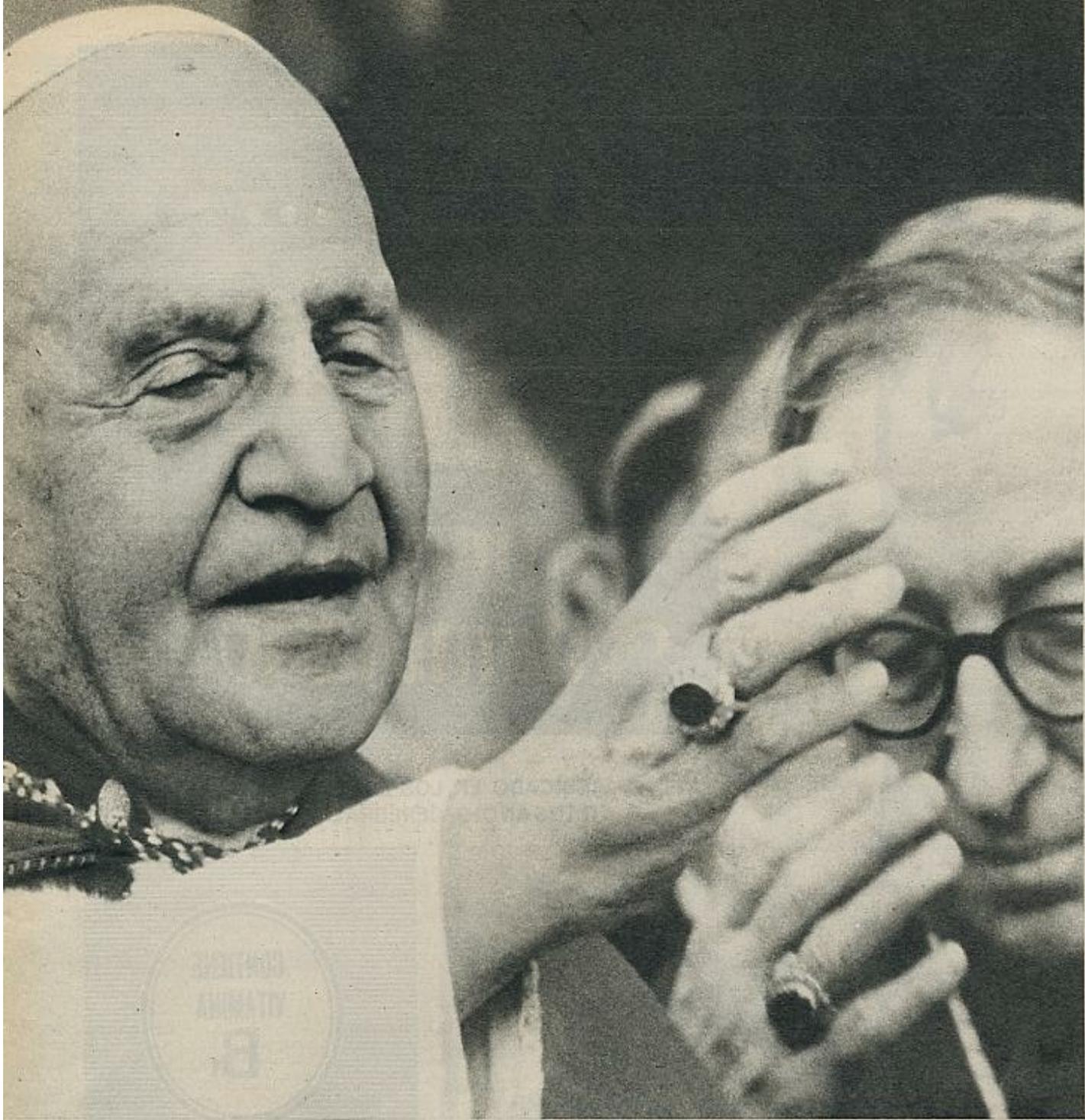


LA ENCICLICA PACEM IN TERRIS

Por EDUARDO HARO TECLEN

chas— escribía palabras no muy distintas a las que ahora emplea Juan XXIII: «La multiplicación amenazadora de las armas excita más que suprime las rivalidades y las sospechas: perturba los espíritus por la inquieta expectativa de los acontecimientos por venir, y hace pesar sobre los pueblos cargas tales que tenemos derecho de dudar si son más soportables que la misma guerra». Es inútil recordar cual ha sido el curso de la historia en los tres cuartos de siglo transcurridos desde la publicación de estas palabras papales y cómo los grandes y los pequeños estados han hecho caso omiso de esa doctrina.

Es cierto, sin embargo, que las opiniones papales expresadas en las encíclicas no tienen por qué considerarse como infalibles: las encíclicas no son artículos de fe y la infalibilidad del Papa sólo atañe a cuestiones específicas de la doctrina católica. Sin embargo, Pío XII, en la «Humani Generis» (1950) advertía claramente que no debe utilizarse este pretexto para no seguir sus enseñanzas. «Generalmente —decía— lo que se expone y se inculca en las encíclicas pertenece ya por otras razones a la doctrina católica». En efecto, puede decirse que el contenido esencial de la encíclica de Juan XXIII pertenece enteramente a la doctrina católica:



tolerancia, coexistencia, paz, buena voluntad, desarme, diálogo, derechos del hombre, libertades de asociación y de expresión. Lo que ha querido Juan XXIII sin duda —y en esto no caigo en el vicio de interpretar, puesto que está claramente expuesto en el texto de la encíclica— es aplicar directamente estos principios de la doctrina a la vida actual del mundo: y hacer que la doctrina católica pase de la letra al uso. Por eso no vacila en acudir a los términos directos y en hablar de la ONU, de los «stocks» atómicos, de la necesidad de negociar con quienes hasta ahora parecía imposible dialogar.

Sin duda, el Papa Juan XXIII sabía ya desde antes de hablar cual es el tipo de reparos que iban a oponer ciertos católicos y ciertos no católicos —puesto que por primera vez en la historia una Encíclica se dirige también hasta aquellos que profesan otras religiones y, más aún, hasta a quienes no profesan ninguna religión—. Unos días antes de la promulgación, cuando realizaba su visita pascual a las parroquias de Roma —el Papa es el Obispo de Roma—, concretamente en la de San Basilio, dijo: «Dicen que soy muy de izquierdas. Pero estoy obligado a ser el Padre de todos. Dicen que soy excesivamente optimista, pero no

puedo ser distinto de Nuestro Señor que en lugar de decir *no* decía siempre *sí*».

El domingo siguiente a esta visita pastoral fue el domingo de Ramos, y Juan XXIII hizo una nueva salida: fue a la Iglesia de San Tarsicio —también, como la de San Basilio, en las afueras de la ciudad—. Tenía el Papa que recorrer varios kilómetros de calles en los suburbios, precisamente en el momento en que se estaba desarrollando en Roma —como en toda Italia— una fuerte campaña electoral. Las calles del recorrido estaban cuajadas de pancartas, carteles, símbolos políticos, frases de «líderes» de los partidos... El día antes de la salida del Papa alguien sugirió que se le debía evitar tal espectáculo: que el recorrido del Papa debía estar limpio de propaganda política.

Los primeros que retiraron toda su propaganda fueron los miembros del partido comunista. Todos los demás partidos le siguieron. Y Juan XXIII pudo comprender que tenía razones para ser optimista y para hacer un llamamiento a la convivencia en la encíclica que iba a firmar —con una pluma que le habían regalado los obreros de varias agrupaciones sindicales— dos días después.